

ses del sufragio universal; él organizó para el directorio un organismo de oligarquía y para el Imperio un organismo de dictadura; escapando con arte á las derrotas y convirtiendo con facilidad sus naufragios en victorias. Así, no miraba los compañeros de trabajo en aquella colosal fábrica de la primer constitución republicana; oía la música de Vergniaud con éxtasis y paladeaba sus mieles, pero creyéndose á la audición de un discurso suyo en la Opera y recreándose con su arte á reserva de no pasar por su pensamiento. Oíale como quien oye llover. Igual emoción le producían las vaguedades humanitarias de Payne, pues le parecía tan rojo de alma como de cara, encendida ésta por una especie de escarlatina, sobre la cual campeaban unos ojos profundos y negros. Tampoco le importaban cosa las pretensiones parlamentarias de Sechelles y las pretensiones americanas de Brissot. Así, dominaba con dominio absoluto en la Comisión. Aunque Dantón, estaba en ella, su pereza no permitía de modo alguno al gigante discurrir sobre constituciones, muy enamorado de los actos revolucionarios, poco de las ideas. Robespierre no entró en el comité Constitucional, pues los girondinos tomaron de sus victorias parlamentarias este pueril desquite; dejarlo lejos de una colectividad, en que su presencia era verdaderamente indispensable. Sieyès miró la realidad y vió sus imposiciones. Con guerra extraña en las líneas fronterizas, y con guerra interior en los campos vendeanos, la política de guerra predominaba, y era inútil oponerse á su predominio incontrastable. Y la política de guerra siempre será política de dictadura; porque la guerra, mientras dure por desgracia en la humanidad, será un despotismo que se opone á otro despotismo. No había otro remedio sino producir y organizar la dictadura. Y como esta dictadura no podía ejercerse por ningún diputado convencional, pues sus émulo se opondrían, necesitaba condensarla en la Convención misma, por lo cual vió el mundo la cosa más extraña en el tiempo aparecida, testigo de tantas extrañezas y extravagancias, vió una dictadura con ochocientas cabezas, la hidra del antiguo mundo pagano, la enorme bestia del Apocalipsis, la fuerza mayor y más irresponsable que pudiera imaginarse; con unos comités anónimos, cuyas ideas se diluían, en guisa de miasmas, por los aires; con unos procedimientos inquisitoriales, propios del antiguo régimen absolutista; con algo del misterio que circundó al Consejo de los Diez en Venecia y á sus esbirros; pues la confusión del Poder Ejecutivo con el Poder legislativo y judicial, así como la repugnancia invencible á nombrar un gobierno que lo dirigiera todo y de todo respondiese, produjo un despotismo, el cual no dejaba de ser tirano y absurdo, por lo mismo que aparecía como un contrasentido, por lo mismo que era la tiranía espantosa de todo un pueblo sobre sí ejercida y practicada con furia.

La sencillez clásica entraba por mucho en la Convención francesa. Nada de complicaciones; todo uno como el pueblo, todo implacablemente lógico como la revolución. Una sola Cámara como una sola nacionalidad. Nada de regiones; los departamentos uniformes é iguales. Todo francés al votar con el sufragio universal por la República en los comi-

cios, y á combatir voluntarios con las armas en el campo de batalla por la patria. Nada de dividir el poder en judicial, ejecutivo, legislativo; todos los poderes al cabo están por potencia en el pueblo, por acto en la Convención. Afirmaciones tan rotundas emanaban de una sola negación, la negación del poder monárquico. Y gentes como aquellas, tan lógicas y de una sencillez tan espartana, en sus adentros, no veían cosa mejor para patentizar el completo fin de la Realeza histórica y tradicional que descabezar al Rey. En este afán de negar imaginaban, ó por lo menos decían ser cosa fácil conjurar todos los males acabando con el mal mayor, acabando con la vida del Rey. ¿Apretaba el hambre y subía el precio de los cereales? Pues los cerdos cebados en el Temple tenían la culpa. ¿Bajaban en estimación los asignados? Pues la conspiración perdurable, mantenida desde las grandes torres del Prevoste, ciertamente ¡ah! tenía la culpa. Los emigrados, en sus irrupciones, cometieron mil temeridades. Una de las mayores fué devolver á la Iglesia y á sus amortizaciones los bienes desamortizados por la revolución. Tres mil millones en tierras eclesiásticas se habían ya vendido; sus nuevos propietarios vociferaban á una contra el Rey, asegurando que una vez descabezado, nadie se acordaría de la reacción y menos de las amortizaciones. El mismo sentir los patriotas compartían. Cuando veían esperezarse la Rusia requiriendo el bocado de Francia, después de haber cogido y devorado á Polonia; cuando la Cerdeña se movía por las laderas de los Alpes para caer como un alud sobre los valles del Ródano; cuando acababan de bombardear á Lila los tiranos de Bruselas el ridículo Duque de Sajonia y la proterva Maria Cristina; cuando Prusia estuvo á pique de tomar la vieja ciudad de Reims y por Reims la grande capital de Francia; cuando el Austria y Baviera amenazaban por el Rhin, y nuestra España por el Pirineo; creían los patriotas no haber medio mejor de conjurar la ira de todas aquellas infernales potencias que lanzarles á los pies la cabeza del Monarca, su verdadero impulsor, y como impulsor, infame reo de un crimen, que rompía y desgarraba la Francia. Inútilmente se mostraba por una serie de irrefragables hechos ser el Rey destronado y prisionero un espectador indiferentísimo, el cual no podía cosa ninguna intentar, y que desde lo alto de su torre no tenía otro recurso sino ver pasar en torbellinos los acontecimientos sin detenerlos, ni variarlos, ni menos dirigirlos en lo más mínimo: la imaginación popular fantaseaba mucho á este respecto y decía no poderse concluir la conjuración, sino cortando las cabezas de una hidra, como la Monarquía, quien, desde los calabozos del Temple trastornaba la Francia y dirigía la Europa entera, la Europa de los reyes. Muchos, repulsivos á la extremidad del cadalso, aveníanse á decretar el destierro. Mas un destierro suponía la entrega de personalidad tan alta como el Rey, en guisa de pabellón glorioso al irruptor extranjero que penetraba por todas las fronteras. Cosa fácil juzgar con severidad la muerte del Rey en estos instantes, cuando ha pasado sobre tan enorme y espantoso hecho el tiempo; mas poneos en aquellas circunstancias; recordad el asalto á las Argonas, el em-



puje contra Francia extendido desde las orillas del Báltico hasta las orillas del Rin; los Alpes y los Pirineos vomitando irruptores por Oriente y por Occidente; la Vendée insurrecta con el fuego de la guerra civil en sus manos desapoderadas; un clero deseoso de tornar á los tiempos medioevales; una emigración, la cual, vuelta con los extranjeros, donde quiera iba, restauraba el mayorazgo y la vinculación, los nuevos propietarios y la nueva propiedad amenazados; las dos guerras en excesiva recrudescencia; y decidme luego si no hay para perder la cabeza é intentar un atentado tan inútil como la muerte y sentencia del Rey Luis XVI.

El proceso regio asemejábase á uno de esos lentes, ó á uno de esos reflectores, que agrandan por modo desmesurado todos los objetos. Cuestión de subsistencias y trigos, cuestión de asignados, cuestión de la Vendée insurrecta por su amor al retroceso, cuestión provenzal tendiendo un poco á las federaciones, desamortización eclesiástica, Iglesia rebelde, clero jnramentado y clero injuramentado, irrupción del germano, guerras de Flandes y Alemania y Saboya y Niza; tantas dificultades veíanse por el vidrio de la regia causa y se aumentaban, engordando y creciendo mucho, las supersticiones múltiples producidas en los ojos del alma, por tan extraña visión. Ya lo hemos dicho; el día glorioso de la batalla francesa en Jemmapes se inauguraba el problema nefasto del regio proceso en la exaltada Convención. Parece que la felicidad propende á la misericordia; y no había felicidad comparable á una victoria sobre Austria cerca de Lila y en los campos de Mons. Mas el patriotismo entonces al uso, contaba los soldados franceses muertos en el combate y pedía como un justo desquite la cabeza del coronado autor de su muerte. ¡Pobre Gironda! La perplegidad en este momento perdía su causa y deshonoraba su nombre. ¿Cómo asesinar á un Rey sin ser horror de las gentes, y cómo salvarlo sin ser horror de los republicanos? Así procedieron de la peor manera posible; nada intentaron por propia iniciativa y dejaron hacer. No se lavaran las manos como Pilatos, creyendo sin duda como lady Macbeth, que todo el mar no limpiaría por modo alguno aquella mancha de sangre. Cinco semanas duraron los debates relativos al proceso. Esta duración recrudecía las pasiones y aumentaba las impacencias. Por todas partes en aquel mes de Diciembre llovían hojas pidiendo la muerte de Capeto. A la puerta del Parlamento se vendían folletitos conteniendo la muerte y sentencia del buen Carlos Estuardo, no tan culpable como Luis XVI, por lo cual se recordaba que, desde tal acto de viril energía, Inglaterra goza de una libertad, conservada en su seno con perduración eternal. ¿Qué podían en este momento hacer la Gironda y hacer sus jefes, dada la perplegidad nativa suya, muy agravada en este dificultoso asunto? Así limitábanse á conspirar con el centro; bien para impedir la horrible causa, invocando el dogma de la inviolabilidad; bien para darle respiro remitiendo al pueblo y al comicio el fallo supremo. Así la falta de resolución, las proposiciones vagas, los avances y retrocesos continuos les quitaban autoridad con tanto

mayor motivo cuanto que había estadistas muy persuadidos y muy resueltos á la muerte del Rey. Descollaban entre todos el Abate constitucional Gregoire y Payne, cuákeros. En el cura, de temperamento sanguíneo predominaba la cólera, bien opuesta en verdad al sagrado ministerio que desempeñaba; en Payne predominaba la flemma; y así discurría con frialdad sobre los asuntos más graves, convirtiendo las altas pasiones en matemáticos teoremas según su respectiva complexión. Así el violento aconsejó á la Convención que decretase la muerte con desdén, pues únicamente merecía desprecio quien se comiera una gallina al eco de los cañones que inmolaban á sus criados y á sus súbditos en el combate de las Tullerías. Payne no hablaba francés. Como la mayor parte de los ingleses, únicamente sabía su propia lengua. Escribió, pues, una carta, ya que no podía pronunciar un discurso, llamándose ciudadano de la humanidad y habitante de la tierra. Su cosmopolitismo, no obstante tamañas afirmaciones, ostentaba un carácter más práctico y unas tendencias menos generales que aquel cosmopolitismo de Clootz, idealista y soñador, como genuinamente germánico. El primer ataque de Payne fué á la inviolabilidad, muy evocada por los misericordiosos con Luis XVI. No podía un Parlamento respetar tamaño maquiavélico embuste, según Payne, desde la hora en que Luis abdicó tal prerrogativa, y se fué á suelo extraño sin la consulta debida de sus ministros y sin el voto y sanción de la Constituyente. Con efecto, por este lado, más que por ningún otro, flaqueaba la inviolabilidad. Como los errores y las culpas no están acabados cuando se acaban de cometer; la fuga terrible á Varennes hizo modificar la inviolabilidad en el Código fundamental, y ponerle restricciones, siempre que obrase ó procediese á espaldas de sus ministros responsables el Rey, por su propia iniciativa y cuenta. Payne prescindía de la inviolabilidad, y aconsejaba se abriera un proceso en el proceso de Luis XVI, á todos los reyes, con especialidad, al elector de Hannover, puesto entonces en el trono británico, por corruptor de reyes levantados en armas contra Inglaterra, y por verdadero coronado cómplice del mantenimiento de la esclavitud negra y de la trata piratesca, un ateo infamante mercader de carne humana. Imaginaos cuales proporciones tomaba el proceso republicano á Luis XVI, y cual aspecto, escuchando estas cosas, tomaría entonces la Europa monárquica.

Un error grave cometieron en este supremo instante los jacobinos, á la hora en que la causa del Rey se presentaba como una línea divisoria entre los monárquicos y los republicanos. Cuando estas líneas divisorias son de suyo tan profundas y se presentan inflamadas por modo tan extraordinario, no hay que andarse con distingos de jesuíta y restricciones de maquiavelo; hay que decidirse por una de las dos extremidades surgidas al paso, y decidirse con heroísmo, para llegar hasta el martirio, aceptando por lo que uno juzga el bien, la deshonor y la muerte. ¡Ay! Los girondinos invocaron una escapatoria, la inviolabilidad, y con caracteres agravantes, por boca de Pétion. ¿Cómo? El hombre, que acompañara con tanto cinismo republicano la familia real desde su prisión de Varennes



á su prisión de las Tullerías; el hombre, que lanzara las muchedumbres parisienses en el regio palacio y dictara con tan grave desacato y violara con tan irreverente violación la Monarquía; el hombre, que, alcalde, obligado á defender lo constituido, se huyera, para no cumplir su obligación, de las salas regias, y se declarara prisionero con escandaloso embuste, ese hombre mismo invocaba la inviolabilidad por él atropellada y malherida. Esfuerzo inútil, cuando no contraproducente del todo, este inhabilísimo esfuerzo de Pé-tión. La Convención llegó á escandalizarse; tuvo el cuitado que meterse dentro de su concha, como la tortuga, y que apelar á un silencio suicida. ¿Cómo sostener la inviolabilidad completa de quien se había fugado á espaldas del ministerio y había pedido la intervención extranjera por propios embajadores contrarios á la Constitución y había mandado por su personal voluntad comenzar como concluir el fuego en los asaltos á las Tullerías? El Rey, levantándose, no sólo sobre la Constitución francesa, contra la Constitución francesa también, abdicaba cuantas prerrogativas y cuantos privilegios le diera esa misma Constitución. Sin embargo, diputado hubo, Morisson, emperrado en sostener la inviolabilidad inscrita en el Código de noventa y uno como una égida, cuya manifiesta realidad preservaba de todo juicio y de todo ataque constitucional y parlamentario á Luis XVI. El opinante aseguraba que para constreñir su conciencia y su voluntad al juicio del Monarca debían mostrarle la persona de éste, con la tea en una mano incendiando las Tullerías y con el puñal en la otra persiguiendo á sus vasallos, en cuyo caso él mismo le inmolaría, como se persigue y se mata una fiera, pero después del tiempo transcurrido desde Agosto á Diciembre, después de la cautividad por el Monarca sufrida, después de las victorias en que Francia se había sobre su derecho levantado y constituido en régimen republicano, pareciale poco generoso, poco francés, poco humano, ensañarse con el vencido, y llevarlo maniatado como una res al patíbulo, suscitando en favor suyo, la opinión universal, cuyos fallos contrarios al fallo regicida de la Convención, ceñirían al mártir una corona superior á su heredada corona de oro, la santa y ethérea corona del martirio. Siempre que se habla humanamente, se topa con lo esencial humano, en el fondo de la Humanidad vivo. La Convención vacilaba con alguna vacilación al empuje de tan fundado discurso. En todo ánimo no adulterado por la pasión, y por una pasión de suyo tan horrible como la venganza, predomina la compasión por los males y errores ajenos. Todo el mundo brilla más por su misericordia que por su justicia. Mas no había medio de penetrar con discursos, como el humano discurso de Morisson, en voluntades tan resueltas y en espíritus tan exaltados, como los espíritus y las voluntades indomables de la gente jacobina y montañesa, quienes, minoría en la Convención, arrastraban el cuerpo legislativo aquel por la fijeza de sus ideas y por la resolución de sus propósitos. Así la Montaña, que veía en la inmolación del Rey, no solamente un acto enérgico de justicia republicana, un medio único de vencer á la Gironda, buscó el orador suyo más elocuente y más autorizado des-

pués de Robespierre, buscó á Saint Just y le dió el encargo de pedir la indispensable sentencia, recogiendo la codiciada presa que se les iba entre las manos y asestando este golpe mortal á la escuela, enemiga perdurable suya en todas las cuestiones, asestando este golpe mortal á la Gironda.

Nada prueba el pavor despertado por la causa y sentencia del Rey, como que los jefes de la Montaña se abstuvieran de iniciar el debate sobre tamaña materia, y lo encomendasen al novel, inexperto, fanático joven, apercebido á exagerarlo de una manera espantosa; orando con pasión allí, donde se necesitaba orar con juicio. Saint-Just recordaba en aquel momento algo mitológico, recordando con su juventud exaltada y con su palabra cortante, un arcángel cualquiera, ceñido el casco á la cabeza, empuñado el sable en la mano, teniendo el demonio de la reacción al pie. Sin antecedentes como los presentados por innumerables republicanos comprometidos contra la pena de muerte; sin el idealismo del primer período revolucionario, en que las ideas sublimes inspiraban una verdadera generosidad; ajeno á toda clase de piedades, que no fuera la piedad por los oprimidos, como ajeno á toda clase de pasiones que no fuera la pasión por el régimen republicano; á fuerza de intentar ser humanitario, se había puesto sin quererlo y sin saberlo, como suelen la parte mayor entre los exageradores y los fanáticos, fuera de la humanidad. El paso acompasadísimo, con que subió á la tribuna, para cometer aquella grande atrocidad, prueba cuán glacial temperamento era su temperamento; y la costumbre escolástica de discurrir sobre afectos humanos tan vivos y tan calorosos de suyo cuan semejante su lógica implacable al corte y filo de un bisturí cuyo acero se metiera, no en los huesos de un esqueleto, en la organización entera de un cuerpo viviente. Así representaba el principio de negación en toda su infernal crudeza. Para Saint-Just no había leyes que autorizasen un juicio, ni tribunales que lo pudieran ejercer; Luis XVI lo había destruido todo, dejando sólo de pie al verdugo; pues que lo sufriera todo y pagara por todos. Así, dijo que se imponía el matarlo; sin preguntar la causa de su muerte; sin ofrecerle defensas, ni formarle acusaciones; tratándole como trataríais en el desierto á una fiera que os cerrara el paso y se arrojase con garras y dientes afilados sobre vuestro cuerpo. En Francia no había más que ciudadanos; y Luis XVI no gozaba de ciudadanía, por lo cual no gozaba de derecho ninguno, ni en su amparo podía invocar ninguna ley. ¿Qué relaciones naturales, ni qué relaciones jurídicas pueden existir entre hombres, á la humanidad pertenecientes, y un monarca colocado por el mayor de los crímenes fuera, muy fuera de toda sociedad? En su cólera profunda no distinguía de argumentos; parecíanle buenos todos, aunque fuesen opuestos y contradictorios, con tal que llevaran al corolario suyo final, á la muerte, y á la muerte inmediata de Luis XVI. Ninguna consideración humana en todas aquellas palabras; ningún afecto de caridad en todo aquel frío pathos; la burla de lo más sagrado, la burla de los compasivos y de los piadosos resaltaban por tal manera, que